





LA ILUSIÓN DEL FUEGO



Diego Mandelman

LA ILUSIÓN DEL FUEGO



Primera edición: julio 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Diego Mandelman

ISBN: 978-84-18250-32-3

ISBN digital: 978-84-18250-33-0

Depósito legal: M-9338-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Magia: «Conjunto de conocimientos y prácticas con los que se pretende conseguir cosas extraordinarias con ayuda de seres o fuerzas sobrenaturales».

1

Lo voy a soltar de una buena vez. Es algo que me carcome desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Fue creciendo con el tiempo, de a poco. Primero fue una leve inquietud, pasajera, pero intranquilidad al fin. Después comenzó a tomar forma hasta convertirse en algo. ¿En qué? Ojalá lo supiera. Creo que me hubiera ahorrado muchos problemas. Podría llegar a ser como una bola de nieve que no es fría, sino que hierve. Me quema. Arde en silencio y no puedo hacer otra cosa que ver, en un intento desesperado, cómo todo se reduce a cenizas. Y no es algo que pase rápido como el tirón de un vendaje que abre una vieja herida. Lo vivo en cámara lenta, cuadro a cuadro, en una maniobra que se expresa muy lentamente. Es lo más parecido a no poder despertar de una pesadilla cíclica. Que se repite. Se repite. Y se vuelve a repetir. A veces con alguna variación imperceptible. Me sigue a donde quiera que vaya. Día y noche. Hora a hora. Minuto a minuto. Segundo a segundo. Milésima a milésima.

Quiero contártelo. Es mi deber hacerlo. Ahora, espero, o quiero creer que aunque sea una maniobra ficticia y condenada al fracaso me vas a dejar que termine para sacar una conclusión. Como todo lo importante que ocurre en la vida de una persona, o al menos en la mía, pasó sin avisar. Emergió. Vaya uno a saber de dónde. Es probable que haya sido producto de un sinfín de situaciones que

probablemente no llegue a enumerar en su totalidad. Principalmente porque no sabría cómo completar esa lista. Aunque algunos ítems estructurales los conozco perfectamente.

~~Los vínculos humanos no son fáciles ni lineales. No venimos al mundo para tener certezas. Las dudas y las angustias no desaparecen con los años. Te diría que por momentos son cada vez más.~~

Con el correr del tiempo, nuestras angustias van variando. Se modifican tal como lo hacen nuestra propia cara y las manos. Se transforman, pero en el fondo siguen siendo las mismas porque mantienen su esencia. Así como las arrugas, en un anciano, dan cuenta del paso del tiempo. Su mirada y los gestos permanecen igual. Desde que respiramos por primera vez hasta que damos el último de nuestros suspiros.

Heráclito dijo una vez: «Ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos». ~~Todo es un proceso de nacimiento y destrucción constante del que nada ni nadie puede escapar.~~ Todo cambia, pero existen determinadas características indelebles que son imperecederas. Ya me ocuparé de señalar, según mi punto de vista, cuáles creo que son (al menos algunas de ellas). En esa paradoja permanente me siento inmerso. Soy el mismo siempre y cuando evolucione.

Conozco tu ansiedad. Sé que estás esperando que vaya directamente al punto central de la cuestión. Que, si esto que voy a contarte fuera una noticia, me pedirías primero que le coloque un título; luego un breve copete de introducción y, para completar la estructura, unas cuantas líneas más para relatar el acontecimiento. Ojalá fuera así de sencillo. Nada me gustaría más que eso, te aclaro. Me encantaría poder armar el rompecabezas colocando algunas piezas sobre la mesa sin preámbulo, juntar una con otra y ver el cuadro completo de un tirón. Pero como estamos hablando de la vida de varias personas, algunas de ellas que ya no están entre nosotros, tengo el deber, y también la obligación, de ser extremadamente cuidadoso con cada dato que te voy a ir revelando.

Quizás estás empezando a intuir que no es así de sencillo lo que

tengo para contarte. Sé que sos muy perspicaz. Que, si así fuera, no buscaría dar vueltas sobre círculos concéntricos como lo estoy haciendo en este momento. Pero como bien sabés, las bicicletas avanzaban de esa forma. Pedaleando, por un lado, y girando las ruedas, por el otro. Fundamentalmente con tracción a sangre. Por supuesto que con eso no alcanza, desde ya. Falta la parte más compleja y, también, la más riesgosa que hace funcionar al engranaje. No es la fuerza, eso solo es el punto de partida, sino algo más ligado a la destreza. Me estoy refiriendo al equilibrio, cuya base es lo que determina la calidad del manejo.

Muchas veces no vas a entender lo que hice ni el por qué. En otras ocasiones te vas a enojar (y con razón más que justificada) con mis decisiones. Pero ahí voy a detenerme un instante. Fueron mis elecciones y no las tuyas. ~~No me gusta usar refranes, pero a veces funcionan y por algo existen. «La experiencia es un peine que tenés cuando ya te quedaste pelado».~~ Ya casi no me queda pelo y no encuentro el peine por ningún lado. Quiero que lo sepas:

Crecer no siempre es sinónimo de mayor inteligencia. Si no, nos moriríamos todos siendo sabios. No hace falta averiguar mucho para descubrir que eso no suele ocurrir en la enorme mayoría de casos. Envejecer es la trampa que nos concede, en silencio, el cuerpo. Lo hace, y en el mejor de los casos, lentamente. Así la pérdida es relativamente más soportable. Por otro lado, es de una extrema soberbia pelear o enojarse con lo inevitable. Mejor es asumirlo y seguir adelante.

~~Sí, claro, lo fácil es decirlo. Lo complicado es llevarlo a la práctica cotidianamente.~~

Es posible, casi necesario, que cada uno juegue el rol que le toca. El que desea, el que lo conmueve desde lo más profundo de su ser, el que DEBE necesariamente cumplir. Eso, perdoname de antemano, no se puede condenar. El resto, si querés, lo podríamos discutir en otro contexto. ¿O acaso merece una sanción quien busca aquello que desea? Por supuesto que habría que ver, en todo caso, qué es lo que se está intentando conseguir.

Toda esta historia se me presenta como un grito, de esos que tensan las cuerdas vocales, pero que a veces no se llega a escuchar de tan bajo que se expresa. Se repite, una y otra vez, en momentos muy dispares. Y lo hace de diferentes formas. Así fue ganando tamaño y espesor año tras año. Hasta que un día, parecido y distinto a los demás, se convirtió en una bola imposible de frenar. No de nieve porque definitivamente no fue fría, sino que hirvió como una olla a presión. Hasta que me quemó.

~~Nadie tiene que decirte lo que tenés que hacer. Si lo intenta, y está convencido, desconfía. Venga de quien venga. Haceme caso.~~

Y no fue una esfera de cristal la que me condujo en el recorrido. Fue más bien como una piedra en el zapato, te podría decir. Algo que tenía imperiosamente que sacar afuera. Si se quedaba en el mismo lugar, cada pequeño roce o lastimadura hubiera abierto cada vez más la herida. Hasta que un día, y sin advertirlo, la lesión se hubiese convertido en un gran corte mucho más grave.

Algo parecido a lo que denominan la «muerte dulce» estaba transitando. Le llaman así, en especial, a la que se produce con la intoxicación de gas. Los que la están padeciendo no perciben el peligro y no pueden salir de ese profundo aturdimiento en el que se ven involucrados. Es «suave», según algunos expertos en la materia, porque las víctimas no llegan a sentir ahogo ni sofocación. Simplemente, luego de inhalar monóxido de carbono de forma asintomática, sucumben.

Desde mi punto de vista, *lo dulce* lo puedo asociar a un chocolate, a un gesto de afecto o ternura y no a un final intoxicado. No hay forma de que lo conciba como una unidad junto con la palabra *muerte*. Definitivamente no. Son universos simbólicos disociados, al menos para mí. Unirlo me parece de una perversión sintáctica mayúscula de la que no me siento parte.

Pero no me quiero ir del tema. Tenía una piedra en el zapato, ahí estábamos. Sigamos mejor por ese camino. Y me estaba lastimando. Y sentía como la sangre empezaba a salirse lentamente como una ínfima pérdida de gas, silenciosa, que iba desintegrando

a un cuerpo, el mío. Y lo estaba haciendo de la forma más siniestra que puede existir. Sin sentido y sin decirle a esa conciencia que acompaña la carne, los huesos, las tripas y las pasiones, que se estaban convirtiendo lentamente en escombros.

Retomemos un tema lógico por un momento. Para que existan los restos, primero tiene que haber habido algo que los genere. Por ejemplo, una demolición. Este punto justamente era el elemento que estaba faltando en esta estructura invisible. Me encontraba asistiendo, entonces, a mi propia implosión y yo no lo sabía. Lo podía intuir, pero no (me) lo podía decir. Y eso, en definitiva, con-vengamos, es lo menos dulce y suave que conozco.

~~La mayoría de las cosas que tal vez te enteres estoy seguro de que ni siquiera las imaginaste. Puedo asegurar eso porque tampoco estaban ni siquiera en mis fantasías más remotas.~~

Nada de lo que te voy a contar es mentira. Ni el más mínimo detalle. Es sabido que vivimos en un mundo postfáctico. Nadie se preocupa por saber qué es verdadero y qué no. Y yo no voy a culpar a nadie. No soy un santo, pero tampoco un monstruo. Tomé decisiones como lo hacen todos. Algunas que podrán ser vistas como correctas y otras tal vez un tanto más discutibles.

No quiero juzgar ni que me juzguen. Pero tenemos que coincidir en algo como para seguir avanzando. Si la *verdad* no es un bien tan apreciado actualmente, te (y me) pregunto: ¿por qué aquel que miente debería sentirse mal por haberlo hecho? Me podrás decir que el inconveniente radica en quien resulte perjudicado y en la clase de invención de que estemos hablando. Es cierto en algún punto. Aunque también agregaría que es algo incompleto. Voy a detenerme en este asunto porque quiero retomarlo más adelante. Creo que todavía, a esta altura de los hechos, no es necesario seguir ahondando en esa dirección.

Otra cuestión que se me viene ahora a la cabeza es saber si es justo que te lo cuente. ¿Cuáles son los secretos que merecen ser expuestos? ~~Si no creo que exista la redención ni el perdón.~~ ¿Qué es lo que estoy buscando? ¿Que me entiendas? ¿Que me quieras?

O, tal vez, necesito convencerme a mí mismo de que las decisiones que tomé fueron acertadas. Ahora bien, también podrías decirme que fueron *correctas* o *incorrectas*, depende de qué lado las mire y qué objetivos estuvieron motorizándolas.

Claro que sí. También deberíamos volver sobre la idea de lo que es justo. En fin, entraríamos en un ciclo casi infinito de suposiciones, teorías, hipótesis, que no creo que sean del todo necesarias. Es más, en algún punto entiendo que sería totalmente contraproducente y nos alejaríamos del punto central. Aclaro que esa no es mi intención en lo más mínimo.

Aún tenemos un largo trayecto que recorrer. Así que te voy a pedir un favor, si es que aún conservo esa posibilidad. Guardate, si podés, una buena cantidad de oxígeno. Ya sabés lo que pienso de la muerte dulce. Como bien suponés a esta altura, voy a contarte sobre una que resultó bastante amarga. Así que no pienso dejarte ninguna sorpresa. Necesito decirte todo. ~~Todo lo que pueda decirte.~~

2

A los doce años empecé a trabajar en la zapatería *de Rodolfo*. Era un cuarto oscuro, de pocos metros cuadrados, con olor a caucho y pegamento. Hacía repartos y trámites en general. Ganaba monedas, pero algo, aunque sea unos centavos, sumaba a la economía familiar. Papá había sido un obrero metalúrgico calificado que ejerció hasta que un accidente laboral lo inhabilitó. Por otro lado, mamá era una pianista devenida en docente que se pasaba el día dando clases. No sobraba nada. Vivíamos en una pequeña casa alquilada en Villa Ortuzar. De un lado era un barrio muy humilde y, de la otra parte, la alejada e imposible de transitar, ostentaba un poder adquisitivo más acomodado.

Mi jefe era un ser simple, pero, al mismo tiempo, inaccesible. Físicamente era como un ropero viejo y maltratado. Medía casi dos metros y tenía una panza prominente que le chocaba con todo lo que le pasaba remotamente cerca. Sus anteojos, en vez de tener patillas, se ajustaban con un elástico que él mismo había diseñado. Usó, dicen, durante casi veinte años, no más de tres camisas. Todas iguales. Eran marrones y con un bolsillo en la parte derecha. Se hizo sacar un diente, o lo perdió en una pelea callejera, para que pudiera calzarle ahí mismo el cigarrillo. En ese momento pensaba que el objeto que provocaba el humo siempre era el mismo. Y que, a lo largo de las horas, no se consumía, como sí lo hacía todo lo que estaba alrededor.

Al volver de la escuela hacía algunas tareas en la zapatería. Al principio me divertí. Era algo nuevo y sentía que estaba ayudando.

Pero, con el correr de los meses, se me volvió muy monótono. Los días pasaban y mis actividades eran siempre las mismas. Me sentía un autómeta.

Rodolfo tosía como un toro enfurecido que estaba siendo provocado constantemente. Hay broncas que son adquiridas y otras que parecieran venir directas de fábrica. Los ojos coléricos, inyectados ante la más mínima frustración, eran una clara y contundente muestra de ello. Tampoco se ocupaba ni le interesaba disimularlo. Se percibía, en su comportamiento, el placer de generar rechazo entre los que lo frecuentaban. Claramente las relaciones públicas no estaban entre sus características más destacables.

Hacía tanto ruido para comer que muchas veces pensé que estaba por morirse. Era capaz de deglutir una docena de empanadas en menos de dos minutos. Tengo esa información porque llegué a contar cada segundo. Etelvina, su misteriosa mujer, todos los días le llevaba el almuerzo. Él, sin dirigirle la palabra, bajaba la persiana veinte minutos. Usaba algunos pocos segundos en tragar, sin masticar, lo que había. El resto del tiempo dormía sentado, sin sacarse los lentes, en su sillón de cuero marrón. Roncaba tanto que despertaba a Ulises, su primogénito de unos pocos meses de vida. Cuando ocurría eso, Etelvina, con la misma cara de nada, lo empujaba para que despertara y no interrumpiera el descanso del bebé. Acto seguido retomaba el trabajo hasta bien entrada la tarde noche.

Tenía un perro, *Mancha*, al que le pegaba patadas sistemáticamente cada vez que se le acercaba en busca de afecto o juego. No era de raza, tenía un mentón largo y patas cortas. En el cuerpo el color era parecido al de un dálmata y un bulldog, blanco con negro mezclado con ocre y pasteles. Un día vi, casi en primer plano, como en la primera oportunidad que tuvo le hundió los colmillos hasta donde pudo. El mentón tenso y el tarascón violento viajaron sin escalas a la palma de la mano derecha del *Monstruo* (como yo lo llamaba por lo bajo).

Debo reconocer que, a partir de ese momento, aquel animal me generó más simpatía. Como era de esperarse, luego del primer

fin de semana de transcurrido ese suceso, jamás volví a ver ningún rastro canino. Es muy probable que lo haya matado él mismo con sus propias manos.

Hay personas que hacen las cosas y otras que las mandan a hacer. Rodolfo, claramente, pertenecía al primer grupo. Pocas palabras y más acciones. Esa era su particular forma de vivir. Su rutina estaba tan armada que nada, ni nadie, parecían modificarla. Mientras se cumplieran los pedidos, en sus formas y tiempos, nada lo alteraba. Con los años entendí aquel placer silencioso, y por momentos inconsciente, que existe en la rutina. Es el juego que armamos cotidianamente para convencernos de que manejamos, a nuestro antojo, la existencia.

Casi ni emitía sonido a lo largo de todo el día. Los asiduos concurrentes ya lo conocían y no le sacaban charla. Sabían que era un ser profundamente ermitaño y no soltaba más de diez o doce palabras por día. Pero, nobleza obliga, era un artista del calzado. El mejor en lo suyo. Tenía tanto trabajo que a veces daba plazos de entrega bastante irrisorios. En una oportunidad, a una mujer mayor, le dijo que si esperaba cuatro meses le podría hacer el trabajo como ella necesitaba. Lo más llamativo es que los clientes aceptaban sus condiciones.

Digo *casi* porque siempre hay una excepción a la regla. Luego de que desapareciera Mancha, entró al local un señor muy flaco y de mirada opaca. Mucho tiempo después me enteré de su apodo: *Hueso*. Nunca tuve la certeza de qué fue lo que ocurrió ese día. Aquella mañana fría yo había salido, como todas mis jornadas laborales por aquella época, a hacer un reparto a unas pocas cuadras. Al regresar, algo me llamó poderosamente la atención. Vi el instante en que Hueso pegaba un portazo y salía corriendo del local hasta perderse por completo en la primera esquina.

Al llegar me encontré con una escena desastrosa. Había un cuerpo tirado en el suelo, con dos disparos en el pecho, y un río de sangre que fluía sin freno. El Monstruo estaba quieto y con los ojos entreabiertos. Recuerdo que tuve más curiosidad que miedo.

Fue la primera vez que vi un muerto. La certeza tan clara de finitud, sumada a esa escena tan horrorosa, hicieron que me bajara la presión. Caí desmayado. Estaba recostado en el piso, al igual que Rodolfo, y su sangre estaba desparramada por toda mi ropa. Antes de que el océano rojo me tocara, me desperté nuevamente en un estado de suma confusión. En aquellos primeros segundos, eternos y violentos, pensé que era yo el que había muerto.

Durante ese instante no sentí paz ni tranquilidad. Sí, desconcierto. Caminaba en círculos, en dirección contraria a las agujas del reloj, velozmente y sin poder mirar nada con detalle. En cada vuelta que daba percibía como el suelo iba poniéndose más y más caliente por mi propio andar. Si frenaba, pensaba, estaba condenado a quedar atrapado. Si me movía, me quemaba. Tenía que elegir entre dos clases de abismos parecidos. Uno sin tiempo ni lugar y otro que se iba derritiendo a cada paso que daba.

A los pocos minutos llegó la policía mientras intentaba recapitular lo sucedido. Tengo el recuerdo, vago, por cierto, de aquel interrogatorio. Había dos policías. Uno gordo, petiso y medio pelado cuyo diente de oro se reflejaba en cualquier objeto brillante. El otro, de pelo corto y mirada fija, con una cara parecida a la de Mancha, el perro. Tenía una nariz grande y los ojos entrecerrados. Faltaba solo que me ladrara. Entre ellos se miraban y me hacían diferentes preguntas. Lo más llamativo es que no prestaban atención a lo que les respondía. Media declaración, me consta, no quedó ni registrada en el expediente. Era una mera formalidad, ya habían decidido qué versión de los hechos comunicarían.

Sí recuerdo que me preguntaron qué había pasado y yo les conté exactamente lo que había vivido. Es textualmente como lo estoy relatando ahora. Sin un detalle más ni menos. La zapatería se cerró y a Hueso, como era de esperarse, se lo tragó la tierra. Tampoco volví a ver a Etelvina ni a Ulises. Ellos, a los pocos meses de sucedido este episodio, se mudaron vaya uno a saber dónde. Según algunas versiones, se fueron a vivir a lo de una tía en algún lugar recóndito de la provincia de Salta o de Jujuy. Lo cierto es que todo

cambió de repente. Los días y meses subsiguientes seguí el caso a través de los diarios con ansiedad. Todo lo relacionado al Monstruo me suscitaba, por razones obvias, mucho interés.

No era algo habitual que sucediera un hecho de este calibre en esa época en un barrio como Villa Ortuzar. Los medios de comunicación decían: «Un robo al azar que terminó de la peor manera»; «Rodolfo Zamora, zapatero y vecino de toda la vida del porteño barrio de Villa Ortuzar, murió a los cuarenta y cinco años luego de recibir dos impactos de bala mientras se encontraba trabajando en su local»; «Las pericias indican que se trataría de un robo a mano armada. La caja registradora fue vaciada al igual que una pequeña alcancía que se encontraba debajo del mostrador antes del fatal desenlace»; «No se tiene información fidedigna sobre la identidad y el paradero del agresor. Zamora habría intentado defenderse y, en el forcejeo, el asesino habría gatillado los disparos fatales. Esa es la hipótesis que se está manejando por estas horas»; «Etelvina Pérez Zamora quedó como madre soltera y a la deriva. No tiene dinero ni trabajo ni techo ahora para mantener a su pequeño hijo»; «La solidaridad de los vecinos es la que la mantiene a flote en este duro trance que le toca afrontar».

A partir de ese momento tuve, en varias oportunidades, dolores en el pecho que venían de repente. En más de una ocasión pensé que estaba sufriendo ataques cardíacos. En otros momentos me faltaba el aire y sentía que moriría ahogado en pocos segundos. La licenciada María Esther Dublín, una profesional con apellido de capital irlandesa, fue la primera que me dijo la frase: «Trastorno de ansiedad por estrés postraumático».

Después de varios años leí, cuando estuve rodeado de libros, que este trastorno es el cambio de la respuesta a una circunstancia estresante. Las hormonas y los químicos del estrés que el cuerpo secreta debido a dicho estrés regresan a los niveles normales. Por alguna razón, en una persona con esta patología se siguen expulsando las mismas sustancias luego de sucedido el evento que lo provocó.

Es como si nunca dejara de suceder. El cuerpo, o mi cuerpo, mejor dicho, transforma en puro presente situaciones del pasado. Eso me impide, por momentos, conectar con una línea de puntos hacia adelante. Entonces, durante ese instante no siento paz ni tranquilidad. Sí, desconcierto. Camino en círculos, en dirección contraria a las agujas del reloj, velozmente y sin poder mirar nada con detalle. Cada vuelta que doy percibo como el suelo va poniéndose más y más caliente por mi propio andar. Si freno, pienso, estoy condenado a quedar atrapado. Si me muevo, me quemó. Tengo que elegir entre dos clases de abismos parecidos. Uno sin tiempo ni lugar y otro que se va derritiendo a cada paso que doy. Después, todo vuelve al mismo punto de inicio. Una vez. Y después otra. Y así sucesivamente.

Mis padres nunca se enteraron, con certeza, del tipo de situación que presencié. Tenía miedo de que encima me echaran la culpa de lo ocurrido. Escondí la ropa en una bolsa debajo de mi cama y, mientras todos dormían, me puse a lavar. Recuerdo con nitidez la sensación en las manos al fregar la tela, en silencio. Los hilos se estiraban mientras el agua y el jabón chorreaban hasta perderse por la cañería. La forma de la costura me llamó la atención. Allí percibí un trazado laberíntico. Pero no era algo diseñado con rectas transversales y perpendiculares. Era solo una gran mancha amorfa, de tonos rojizos, que mientras más observaba más grande se hacía. Era como si tuviera vida propia, parecida a un río y al mismo tiempo a un volcán en plena ebullición. Y se expandía muy velozmente en todas direcciones.

En aquel entonces pensé que el objetivo central era limpiar los vestigios de sangre. Con los años entendí que lo que traté de hacer fue eliminar las imágenes de lo ocurrido. En mi casa conocían lo que les habían informado en la comisaría. Cuando me preguntaron sobre lo sucedido, me limité a repetir casi exactamente las mismas palabras que pronunció el oficial: «Llegué, en el momento menos oportuno, al lugar equivocado».

Es muy posible que me preguntes qué tiene que ver lo que estoy contando con lo que pasó después. A ciencia cierta no sé si hay re-

lación o no. Supongo que si lo estoy trayendo a colación es porque alguna importancia debe tener. Al menos para mí. Tampoco quiero perder la oportunidad, si es que aún la tengo, de relatar algunas cosas que me modificaron sustancialmente.

